

ADOLESCENCIA FRACTURADA

Graciela Huinao¹
gracielahuinao@gmail.com

*En memoria de:
Nano Rosas
Mario Fernández Acum.*

En los barrios obreros toda la gente se conoce. El mío era como una gran comunidad encapsulada en medio del sur, ajustándose a la perfección entre un cerro y un río; de calles polvorientas, en verano, y barro negro en los crudos inviernos. Sus casas, en fila india delineaban las rutas principales y por sus veredas, el viento, por los cuatro puntos cardinales jugaba con pequeños remolinos que iban a morir al cielo. La gente que llegó a levantar la barriada se conocía desde la fecha en que sólo había pastizales y con la planta de sus pies trazaron sus líneas, las que hoy se pueden dibujar desde el cielo, por lo enraizado de sus surcos.

Mi padre, de origen *mapuche*² y mi madre mestiza, se allegaron con mucho sacrificio a ese lugar histórico, el que el río, en un pasado no muy lejano había sido frontera de la resistencia *williche*³; un buen porcentaje de esa población tuvo su origen en el campo y como en un ramillete se juntaron los colores de sus espíritus para matizar de felicidad un barrio pobre. Parecía no importar las raíces y costumbres que cada persona acarreó hacia un próspero horizonte, era muy probable que puertas adentro, cada hogar tenía sus preferencias políticas y religiosas, eso no impedía un amable saludo y que en los días festivos nos juntábamos a celebrar, pasando por alto algunos estigmas sociales.

¹ Graciela Huinao (Osorno, 1956). Narradora y poeta mapuche-williche. Miembro correspondiente por Osorno en la Academia Chilena de la Lengua. Ha publicado, entre otros libros, el poemario *Walinto* (2001, con traducción al mapudungun de Clara Antinao; reeditado en 2008 en mapudungun, español e inglés) y las narraciones *La nieta del brujo, seis relatos williche* (2005), *Desde el fogón de una casa de putas williche* (2010, reeditado en 2022 en España) y *Katrilef, hija de un ülmen williche* (2015).

² Gente de la tierra.

³ Gente del sur.

La historia de nuestro país tiene el relieve de la cordillera de Los Andes, con caídas abismales y esas imponentes cumbres que parecen vigilar toda tierra. Esos montes milenarios se asemejan a viejos *longko*⁴ que, desde la lejanía, en los últimos años observaban a la chilenidad, la que estaba empezando a idealizar un rebelde sueño: emparejar el sistema social, con la ilusión de un progreso, más tirado a la igualdad; porque en esa fecha, la educación comenzó a izar sus banderas en los barrios pobres. La felicidad estudiantil comenzaba a correr como un niño detrás de una pelota de trapo con todo el ímpetu infantil. Ni la más sabia *machi*⁵ pronosticó que ese 11 de septiembre, a una gran parte de los adolescentes de Chile, les iban a cortar la carrera de la educación.

En el año 73 me había convertido en una estudiante del Instituto Comercial de Osorno, un bastión juvenil y revolucionario de la zona, por su característica de ser, principalmente, un colegio al cual asistían los hijos de los obreros. Reconozco, tal vez por la juventud, que en esa fecha no sabía mucho de política, pero mi padre (jubilado) había sido un dirigente sindical molinero, devoto al catolicismo, y es muy factible que, motivado por su fe, abrazara la militancia de la Democracia Cristiana (alcanzó a conocer de su traición). Y como hija, heredera de su sacrificada estirpe, tendría que seguir la misma ruta. Pero ese año, una nueva “pacificación” hizo que recapitulara la historia, y con ayuda de la madre naturaleza delineé una nueva bifurcación en mi camino, y sin volver la vista atrás, enrielé por otro destino, rebelándome al designio que me había trazado la historia familiar, convirtiéndome en una mujer de izquierda y atea.

En mi sur, en septiembre, comienza a “mejorar el tiempo”, y por la ventana de la sala de clases entraban unos tibios rayos de sol, los que tímidamente comenzaban a danzar sobre los antiguos y rayados pupitres; la comparsa fue interrumpida por el presidente del Centro de Alumnos, al decirnos: “váyanse a sus casas, porque hay un golpe de Estado”. Todos saltamos de alegría, nuestro único afán de todos los días era irnos temprano para la casa. Fue la primera vez que escuché esa denominación “golpe de estado”. Yo, y creo que ninguno de mis compañeros sabía de su significado. Nunca imaginé que esas tres palabras cavarían la tumba de tantos muertos, y una reconciliación social que nunca ha llegado.

Cuando llegué a mi hogar, mi padre estaba sentado al lado de una radio a tubos, nuestro único medio de comunicación. Le comenté lo que en el colegio había escuchado, y con un poco de susto le mencioné de haber visto muchos milicos en guerra, en la calle. Creo que él tampoco tenía un real conocimiento de lo que estaba ocurriendo. O pudo haberlo sabido, por los libros que siempre leía, y prefirió callar;

⁴ Jefe de una comunidad.

⁵ Guía espiritual del pueblo mapuche.

siempre he pensado que su falta de palabras se debió a que no quería desparramar el miedo por la casa.

Nadie nos avisó que el pánico avanzaba como la neblina del Rahue en invierno, la penumbra comenzó a envolver sus calles y, tuvimos que cerrar puertas y ventanas bajo la amenaza de un toque de queda que enclaustró nuestros espíritus alegres. Y las más macabras visiones se dieron detrás de los pliegues de los visillos, al ver pasar por mi calle tanquetas, militares armados como en una película de invasión, pero real. Luego vino lo más siniestro, al contemplar a nuestros conocidos siendo ser llevados a interrogatorios, algunos regresaron con marcas en el cuerpo y en el espíritu. Los que no volvieron, es como que la historia los ha ido situando debajo de los grandes aguaceros del sur, porque en la memoria de la vecindad sus rasgos se han ido evaporando; nadie recuerda la mueca de sus sonrisas, la chispa en sus ojos de un enamoramiento juvenil, el timbre de sus voces, tan típico de la gente del sur; y las tablas mohosas de sus viejas casas, donde quedaron las huellas de sus primeros pasos al caminar, se van derribando, ante el progreso de una ciudad que comienza a olvidar.

Como anécdota perversa recuerdo los braseros, con su único fin de haber sido por siempre, calentadores de las tiznadas piezas de las casas; de la noche a la mañana, sus negras latas terminaron de espaldas sobre el zaguán, porque la tiranía los consideraba una hoguera donde se quemaba un pasado. Y la desesperación hizo que los vecinos los consideraran un alcahuete del régimen, vendiendo como Judas a los inocentes que contradecían los diabólicos bandos que a cada minuto rezaba la radio.

La vida del barrio no volvió a ser la misma, la amistad se fue apagando como el fogón de una *ruka*⁶ abandonada, para que no sobreviviera ningún relato. Y el único habitante que caminaba las calles era el terror, porque el coraje se ponía de rodillas frente a un fusil, que empuñaba un asesino a sueldo y pagado por todos los chilenos. Y si habíamos sido siempre de escasos recursos, desde esa fecha, la bandera de Chile se hizo hambre y nos comenzó a abrazar.

Pasada la “limpieza social”, debimos volver al colegio, y como el mío era apuntado de ser sedicioso; todos los días, de mañana y tarde, un milico nos trajinaba el bolsón y el cuerpo. Quedó estampada en la memoria de mi adolescencia esa primera revisión, porque era un uniformado mal agestado, su rostro le daba una apariencia de estar alcoholizado. Revisó lápices y cuadernos... luego fregó sus dedos para recorrer mi cuerpo, sentí sus asquerosas manos sobre mis senos; de reojo y humillada veía como se agitaba el brillo de sus botones sobre su pecho, mientras que, unas gotas de sudor le corrían los pliegues de grasa en su frente. A punto del vómito estuve, cuando me sobajeó la entrepierna, y su horrendo jadeo cerca de mi oreja, me persiguió por mucho tiempo como una verdadera pesadilla de la cual no podía despertar. Jamás

⁶ Casa mapuche.

le conté a mi padre de las vejaciones que nos hacían los milicos, antes de ingresar a clases, pensando en que nunca más me mandaría al colegio. No era la única que debía pasar por ese flagelo, mis compañeras también lo vivieron y lo que más me indigna, a la fecha: ante los manoseos de esos depravados, los profesores nunca dijeron nada, daban vuelta la cabeza para otro lado. Tal vez, el miedo les paralizaba la mirada, porque sabían lo peligroso que era un perverso con un arma en la mano.

En la siguiente temporada, y paulatinamente con los años, varios compañeros debieron abandonar los estudios, porque sus padres y familiares, fueron marcados con la cruz del “antipatriota revolucionario” y por años debieron cargar la cesantía, y el futuro primer profesional de la familia, debió salir a la calle en busca del pan. Fui parte de esa camada.

Desde niña supe que vengo de un pueblo milenario, en la cual mis antepasados me inculcaron el respeto a la memoria de los muertos, es parte de nuestra fe; por tal motivo es que este párrafo lo vestiré de luto para recordar a dos jóvenes de mi barrio: Nano Rosas y Mario Fernández Acum. Ambos, el año 73 comenzaban a tranquear por el delgado hilo de la juventud, nadie imaginó que les sería cortado por la cobardía uniformada que derribó la puerta de sus casas, y fue la calle Concepción en Rahue la que los vio pasar por última vez. Esa noche, los gritos de sus madres quebraron el firmamento del sur. Al perder un hijo, los verdaderos padres acarrean el llanto más allá de la muerte, y las madres, al recuerdo del hijo detenido-desaparecido, aprietan sus entrañas, porque no hay ninguna felicidad en el mundo que llene, en una mujer, un vientre vacío. La cosmovisión en todas las tierras es distinta, la mía, me dice que estos dos adolescentes, en la puerta de la eternidad, siguen esperando a sus seres queridos.

Hoy puedo decir, que el golpe militar del 73 es sinónimo de hambre, de la crueldad enraizada en mentes diabólicas para aplicar los peores atropellos a hombres, niños y mujeres; de las aberraciones inhumanas que ni el animal más salvaje aplica a sus semejantes. Y que, al evocar, esta maldita fecha, se reabrieron mis heridas, no sé por cuanto tiempo, nuevamente he de llevarlas a carne viva.

Somos una generación con una adolescencia fracturada, a la cual quisieron domesticar igual que a los perros nuevos, para luego azuzarnos y morder a quién nos indicara el dueño. No se dieron cuenta del día en que nos convertimos en bravos callejeros, olfateando el desconsuelo de la gente y más duro se nos puso el pellejo ante el apaleo.